

la observancia generalmente aceptada y las excepciones a las que se refiere al tratar de las menudas concesiones a prácticas fuera de la regla y de graves transgresiones como la de la desdichada monja enamorada de un fraile agustino. Cercanos a los conventos estuvieron los recogimientos y colegios de niñas huérfanas, que vivían alejadas de los peligros del mundo, en espera de contraer matrimonio o de profesar votos religiosos, acogidas a la caridad de generosos bienhechores y convertidas no siempre voluntariamente, en modelo de vida doméstica.

Al terminar la lectura queda la impresión de que el autor conoce mucho más de lo que nos cuenta; tan sólo nos ha dado aquello que parece suficiente para caracterizar un tiempo, una forma de vida y un orden social que en gran parte sobrevivió a cambios políticos y a novedades intelectuales; algo que gracias a una prosa sencilla y amena nos permite entender el México que fue incluso desde éste, tan diferente, México que es.

Pilar Gonzalbo Aizpuru

*El Colegio de México*

ANNE STAPLES, *Recuento de una batalla inconclusa. La educación mexicana de Iturbide a Juárez*, México, El Colegio de México, 2005, 472 pp. ISBN 968-12-1181-2

El reciente libro de Anne Staples es un esfuerzo enorme por dar a los lectores interesados en el tema de la educación decimonónica un panorama completo de lo que era ésta tanto en el ámbito primario como secundario y profesional, así como en lo que pueden considerarse sus modalidades formal e informal. El espacio geográfico que cubre es sumamente amplio, pues pretende abarcar los ambientes rural y urbano de México en general. La autora

reconstruye con base en una exhaustiva investigación documental y hemerográfica, que completa sus anteriores pesquisas, la imagen de esa “batalla inconclusa” que por la difusión de la educación entablaron diversos regímenes de gobierno con la Iglesia e instancias particulares en los difíciles años que corren del gobierno de Agustín de Iturbide al de Benito Juárez. Cabe destacar también la utilización que hace de la abundante y sugerente producción historiográfica que sobre el tema se ha realizado en los diferentes estados de la República desde aproximadamente 1990. Distinto a la forma como ella misma y otros autores dedicados a la problemática de la educación habían hecho antes, Staples no comienza con el recuento de la educación desde el índice educativo inferior al superior; por el contrario, reconoce que, pese a la retórica del discurso de difundir a las mayorías las primeras letras, que se hacía constantemente por parte de los políticos, el estrato que importó más a las élites y que de hecho recibió mayor impulso fue el que corresponde a la enseñanza superior. Esta premisa es la que da base a las dos partes en las que está dividido el libro.

En la primera, el recorrido comienza con una mirada sobre la cultura generada por la ilustración a la mexicana, definición acertada puesto que es algo en lo que pocas veces se pone énfasis y es lo que sentó los límites de los cambios introducidos en la enseñanza, pues éstos se mantuvieron dentro de lo marcado por la ortodoxia católica. Sin embargo, dice la autora, apoyarse en el racionalismo sirvió para después transitar hacia la corriente positivista en el pensamiento, en la segunda mitad del siglo XIX. Curiosamente, los establecimientos que al parecer fueron baluarte de las primeras transformaciones en la transmisión de nuevos saberes y en general “de la cultura libresca”, fueron los Seminarios Conciliares, los que constituyeron, de acuerdo con la autora, la mejor opción educativa superior de la época. Junto a ellos, a principios de la República comenzaron a establecerse nuevos establecimientos educativos, como los Institutos Literarios; que tenían una orien-

tación más secular. También contaban en ese incipiente sistema educativo los antiguos colegios y universidades, los que trataron de ser transformados para que estuvieran acordes con los nuevos tiempos.

En cada una de esas instituciones, se hacía necesario el estudio de las ciencias, tema sobre el que la autora hace bastante hincapié. En principio, se detiene en los estudios atendidos en el Colegio de Minería o instituciones afines, revisando todo lo que hubo en torno de cambios en materias, libros e instrumentos, innovaciones que fueron a veces sumamente precarias. No falta en el recuento la mirada a las enseñanzas militar y naval, pues daban a los alumnos oportunidad de entrar en la corriente de la Ilustración. Otras disciplinas científicas fueron también importantes, entre ellas se encontraba la medicina; materia que fue abriéndose campo no sólo en el ámbito de la escuela, sino sobre todo en la sociedad, pues como es sabido, hasta principios del siglo XIX, a quienes se dedicaban a la práctica médica se les rechazaba. Existía, de hecho una estructura para la vigilancia y otorgamiento de permisos para la práctica de la medicina, que había iniciado a fines de la etapa colonial, por medio del Protomedicato, cuerpo que llegó a su fin en 1831. La Reforma liberal de 1833 intentó crear en la capital del país un establecimiento “moderno” —entre otros— para la enseñanza médica, así como también hubo diversas asociaciones y academias para impulsar esa modernidad en la medicina, que se logró de manera paulatina. Asimismo, la autora nos muestra que existieron diversos esfuerzos en varios establecimientos de la provincia por abrir estudios médicos, siendo notables los casos de Jalisco, Michoacán, Puebla y Guanajuato, entre otros que, sin embargo, fructificaron menos. Otros elementos que indican cómo se transformó la educación fue, por una parte, la paulatina desaparición del latín, sustituido por la enseñanza en español y el aprendizaje de otros idiomas; por la otra, la adquisición de libros, los que todavía tenían carácter de inaccesibles. En un recuento

como éste no podía faltar una mirada a la vida cotidiana de los estudiantes y es lo que cierra la primera parte del libro. El vestido, la disciplina, las formas, la moral, todo resulta importante en la comprensión de la sociedad decimonónica y su afán por educar a la juventud, de formar a aquellos que dirigirían los destinos de México, como tantas veces se dijo.

En esta narración exhaustiva de establecimientos, número de estudiantes, innovaciones, fracasos y cotidianidad de la instrucción superior, resulta notable la ausencia de las mujeres; falta no atribuible a la autora, sino a la época de que se ocupa el libro, puesto que para ellas no había acceso todavía a los estudios universitarios. Otra ausencia, ésta sí omisión de la autora, es respecto a la problemática de la instrucción superior de los indígenas, quienes todavía existían y que, sin duda, debieron tratar de acceder a ella. Incluso, en anteriores trabajos la autora ha abordado el lugar donde por un par de décadas tuvieron acogida indígenas, como fue el Colegio de San Gregorio de la Ciudad de México, y seguramente, otros lugares y establecimientos, bien fueran Institutos literarios o Seminarios conciliares, los que debieron dar acceso a individuos de ese sector, quizá no como tales, sino como a ciudadanos que eran. Para reflexionar sobre esto baste recordar los casos de individuos como Benito Juárez e Ignacio Manuel Altamirano.

En la segunda parte, hace el recuento de la educación primaria y algunos tipos de educación informal, entre ellas el que corresponde a las mujeres. Así, Staples aborda en primer lugar, lo que concierne a los esfuerzos que, continuados desde fines de la colonia, se hicieron con la intención de extender las primeras letras. De las cajas de comunidad, de las que se pagaban los gastos de las escuelas a fines del virreinato, a los ayuntamientos, hubo una discontinuidad pues la mayoría de las veces éstos ya no pudieron atender el esfuerzo por extender la educación en las zonas rurales. En las ciudades hasta antes de la Reforma liberal, las cosas mejoraron, en parte por los esfuerzos conjuntos de Iglesia y Estado,

que conllevó la desamortización de los bienes de manos muertas. “Existía [señala la autora] un acuerdo explícito entre las dos potestades de compartir la responsabilidad de enseñar las virtudes del ciudadano y la fe del creyente”, por eso fueron importantes los catecismos que enseñaban a los niños las virtudes cívicas y el amor a la patria y el respeto a la religión. Propósito que se cumplía con aquellos a quienes sí les fue posible acceder a la escuela, pues la inmensa mayoría de la población quedó en el analfabetismo.

El gran instrumento que el gobierno creyó que había encontrado para hacer extensiva la instrucción primaria a toda la población fue el método lancasteriano que sin duda fue de gran ayuda, pero que quedó más en intento que en logros efectivos. Sin embargo, no puede negarse que, como lo señala Staples, permitió la creación de una burocracia dedicada a los menesteres de la enseñanza primaria y el “parcial cumplimiento” de uniformarla en todo México. El recuento sobre las actividades de la Compañía Lancasteriana, su posterior transformación en 1842 en la Dirección General de Instrucción Primaria y su fin, así como sus filiales en los estados, son presentados con todo el detalle posible por la autora. La compañía perduró como una asociación privada hasta 1890 cuando el régimen porfirista declaró que sus métodos pedagógicos eran inadecuados e ineficaces, sin embargo, había sido un proyecto de modernidad en su momento.

El recuento de la tradición educativa en el occidente de México permite a Staples afirmar que “No hace falta reseñar la historia de la educación en cada estado o departamento para demostrar que durante las primeras tres décadas de vida independiente las metas fueron comunes y se enfrentaron obstáculos parecidos”. Encontramos, en todo caso, el objetivo común de que había en los diversos sujetos que atendían el impulso a la instrucción de los niños y adolescentes, la conciencia del “poder político que podría representar el dominio del aparato escolar”. Pese a la advertencia, la enorme cantidad de información acumulada por

la autora, la lleva a presentar el estado de la cuestión en la región central, en el sureste y en el norte del país. Al ocuparse del sureste, cabe destacar que sí se ocupa de la población indígena, sin embargo, se apoya sobre todo para sus reflexiones en la obra y los esfuerzos de algunos hombres por incorporarlos a la “vida nacional” mediante la educación, como fue el caso notable de Ignacio Manuel Altamirano. Quien creía que no era posible el progreso nacional por la diversidad cultural existente en México, por tanto, había que integrar a los indígenas a ese desarrollo. Sin embargo, aún en él había una desvalorización de ese sector pues en algún escrito del autor, citado por Staples, llegó a decir “[...]para contar con ellos como ciudadanos, tenemos necesidad de comenzar por hacerlos hombres”. Es decir, no se quería mantener su cultura, sino occidentalizarlos. Por su parte, en el norte, la situación era distinta por la dispersión de la población, la falta de recursos financieros y humanos y la inestabilidad política.

Adentrarse en la problemática de la enseñanza implica no sólo ocuparse de la educación formal, sino también de la informal. En este caso, Staples se ocupa de aquella que servía para formar a los maestros, a las mujeres y a los soldados. En el primer caso, la autora nos introduce a los lugares de instrucción de los educadores, de la que se ocupaban el gobierno, la Iglesia y los particulares. Al oficio de maestros se dedicaban hombres y mujeres —éstas en las llamadas “escuelas de amigas”—, sin embargo, se trataba de un trabajo sin un alto reconocimiento social, no era un mundo “completamente académico”, como lo sugiere la autora. En el segundo, sobre la educación de las mujeres, precisa que se les daba sobre todo una “educación sentimental” más que intelectual, situación que se agudizaba en el campo en el que la mujer aprendía generalmente nada más lo que necesitaba para sobrevivir, sin acudir a ningún establecimiento educativo. Sin embargo, es cierto que el papel de la mujer comenzó a cambiar, pues después de la independencia se le asignó una función más social, de educadora; se trataba de un

objetivo ya no sólo de salvación, sino de moralización social. En el terreno práctico implicó la disminución del número de conventos y recogimientos en el siglo XIX y a la posterior entrada de la mujer al magisterio “profesional”. Igualmente, otra actividad en la cual las mujeres tenían importante participación fue en la actividad de parteras, por lo que también se puso atención para que tuvieran conocimientos mínimos que aseguraran sus buenos servicios, incluyendo los que fueran necesarios para asistir a los recién nacidos que estuvieran en peligro de muerte. El Protomedicato era el encargado de otorgar los permisos solicitados por las mujeres para ejercer como parteras; entre los requisitos se incluían que fueran casadas o viudas y que presentaran un certificado del párroco que asegurara su vida honesta. Los gobiernos estatales procuraron legislar sobre la materia, especialmente en el sentido de que las aspirantes o practicantes de partos estudiaran obstetricia, sin embargo, la realidad siempre superaba los proyectos. Staples nos informa sobre la oportunidad que se abrió en la ciudad de México para que las mujeres pudieran acudir a diferentes cursos a la Universidad en la Facultad de Medicina y la primera partera titulada lo fue en 1841. Antes de la guerra contra Estados Unidos, agrega, ya había siete parteras examinadas y otras más lo fueron en los años siguientes.

En el tercer caso, la educación de los reclutas, los milicianos o los que eran llevados por la leva, también era informal. La mayoría de los individuos que integraban el ejército en sus grados inferiores eran analfabetas que se convirtieron en objeto de la acción educativa gubernamental. Aquí encontramos la transmisión de preceptos elementales, entrenamiento y, para algunos, la instrucción académico-profesional. En los dos primeros casos no fue sistemática y sí en la tercera, que se centraba en las matemáticas y la tecnología. No faltaba en la educación castrense las enseñanzas religiosa y moral, pues se trataba de que los militares tuvieran un pensamiento y un actuar homogéneos.

Es importante resaltar que Anne Staples acertadamente incluyó en su libro una selección de imágenes de la sociedad decimonónica, carente por lo general, en la mayoría de trabajos de este tipo, que ilustra muy bien cómo era la educación de la sociedad en distintos ámbitos.

El amplio recorrido que nos ofrece la autora de la educación decimonónica de Iturbide a Juárez, concluye con unas consideraciones finales donde hace una reflexión general sobre el panorama expuesto. El balance de la educación en términos reales, dice, era apenas positivo. No se lograron grandes avances, pero se sentaron bases sobre todo de conocimiento de lo que se tenía que hacer. A pesar de todos los obstáculos, concluye, hubo resultados individuales que dan cuenta de los esfuerzos realizados. En el aspecto metodológico, la autora reconoce que para hacer historia de la educación decimonónica deben tomarse en cuenta un sinnúmero de variables, pues como ella argumenta, no se trata de una historia lineal.

Si bien se hecha de menos el uso de otro tipo de cuadros o gráficas que ayuden al lector en la comprensión de la exhaustiva serie de datos que ofrece la autora, así como una vinculación más estrecha y clara entre los momentos de cambio en la educación —aun por escasos que hayan sido— con los distintos regímenes de gobierno, en general, considero que el libro es un espléndido recuento de la educación decimonónica de las décadas de que trata que hasta el momento no había sido hecho, y que abre un amplio marco para plantearse nuevas preguntas y emprender nuevas y renovadas investigaciones sobre el tema. Los interesados no sólo en el estudio de la educación, sino de la sociedad y la cultura de las primeras cinco décadas después de la independencia estarán complacidos por la publicación de esta obra.

Rosalina Ríos Zúñiga

*Universidad Nacional Autónoma de México*